

Nietzsche. El arte cambia y permanece, se revoluciona y se conserva, se da en la historia y la niega desde el mito. Las religiones son su primera y dispersa formulación. El arte profaniza la universalidad de lo religioso y escribe su código.

Esta defensa humanista del arte se desmarca, claramente, de las opciones esteticistas. Libertad, audacia y belleza no pueden convertirse en una base para actitudes políticas contrarias al progreso y a la democracia. El esteticismo es la piedra de toque y la bestia negra del planteo thomasmaniano. Todo esteticismo es prefacista y lleva a la estetización de la política, que es nota de los fascismos según dirá Walter Benjamin. Thomas Mann se distancia, en este ángulo, de Baudelaire, Stefan George e Igor Stravinski, quien llega a elogiar a Mussolini por la belleza de sus obras.

La ambivalencia del arte será una paradójica convicción de por vida. Una ambivalencia que tiene un punto de sutura, intermitente: el trabajo. Poco antes de morir dirá a *Die Weltwoche* de Zürich (3-12-1954): «Escribir es un placer y una herida, un placer y una carga (...). El problema capital de la escritura es la cotidiana renovación del placer y de la energía contenida en las reservas nerviosas, y el *ethos* del buen hacer».

No sepas que te amo

Los diarios son el exutorio de la honda y no realizada homosexualidad de Thomas Mann. Más aún, de su distancia respecto a la sexualidad, que sólo practicó como un deber matrimonial y social para perpetuar la vida a través de la familia. Más aún —y esto es lo importante para su constelación de creencias y prácticas respecto a lo decisivo de su existencia: su obra—, de su distancia respecto a la vida, que es el mundo de lo real, un abismo de objetos intocables que se conjuran por la bella forma y retornan por la vía de lo siniestro, siempre asociados, románticamente. La vida es lo prohibido, lo inhallable: lo sagrado. La voz que escribe el diario asiste a su espectáculo, recuenta sus intermitentes apariciones y concluye que es imposible. Un místico cabal encontraría en Dios la salida a este mundo inviable. Un místico sin Dios, como Thomas Mann, se extravía gozosa y dolorosamente en la producción artística, que es la Perséfone del cuento: por mandato divino, pasará la mitad de la vida en los infiernos y la otra mitad, en la superficie de la vida cotidiana, cuyo escenario es el confortable hogar de una familia burguesa, comedida en sus placeres y distribuidora de delirios y suicidios.

La escena es repetida: la «vida» aparece en forma de jóvenes guapos, bien formados, a veces semidesnudos (recordemos que los Mann vivían en

una playa californiana), que el escritor del diario percibe, a veces interpela y de los que se despide con el proyecto de no volver a verlos. Es la parte empática y melancólica del tema.

Luego está la parte fóbica, que consiste en relevar textos o personajes homosexuales (los anteriores no lo son), señalarlos y «quedarse fuera». Eso es lo mío, pero se encuentra enajenado de mí, podría ser el epigrafe de tales imágenes. Ejemplos: la amistad del escritor americano Glenway Wescott y de su compañero, un empleado de museo; el asesinato de Heinz Simon, editor del *Frankfurter Zeitung*, tal vez en una aventura homosexual; las dificultades de su yerno Wystan Auden para ser admitido en el ejército, sabiéndose de su homosexualidad; la aparición de James Agee, que filma un documental sobre Thomas Mann; la lectura de los aún escasos libros sobre el asunto, como *Long Weekend* de Charles Jackson y *The City and the Pillar* de Gore Vidal.

Revolviendo papeles, los recuerdos trazan una precisa biografía homoe-rótica de Thomas Mann. Una foto de Paul Ehrenberg, hallada en 1942, lo lleva a los años anteriores a su matrimonio (1905), cuando amó a este pintor, aficionado al piano, con quien dejaron de verse en aquella fecha y que evitó reencontrarlo en el retorno a Alemania (1949). Parte de los diarios incinerados refieren esta historia. El 17-3-1943 los relee con vergüenza y conmoción. Son «tristezas de juventud». ¿La vergüenza es haber amado a Paul o no haber consumado el amor con él? «No hay que vivir fuertemente el amor. Por fin puedo decirme que me he lavado de todo aquello. Fue por obra del arte, por ser capaz de volver artístico lo vivido. Sorpresa ante la exigencia, la contrariedad, que sólo pudo aclararse con gran cuidado, la relativa dicha en medio de un fundamental padecimiento. Suficiencia de la ironía, que transforma el objeto en placentero y, por medio de manifestaciones de desprecio, dice gallardamente: *Esto sí que es alegre...*».

Por la misma época (1942) Thomas Mann vuelve a los diarios donde se documentó la que es, seguramente, su única experiencia homosexual, la que tuvo con Klaus Heuser, un chico de 17 años, en 1927. Klaus pasó dos semanas en casa de los Mann, en Munich, y luego volvieron a verse fugazmente una vez más. Estos diarios se han perdido pero queda su reminiscencia (20-2-1942): «...entonces fui un amante dichoso. Lo bello y tocante de la despedida en Munich, cuando yo di por primera vez mi *salto en lo onírico* y apoyé su sueño en el mío. Entonces, sí: lo vivido y lo amado. Negros ojos que derramaron sus lágrimas por mí, amados labios que besé, allí estaban, también yo lo tuve, podré decirlo cuando muera».

La evocación no puede ser más circunloquial y su vínculo con la despedida y la muerte, más elocuente. Thomas Mann, de modo romántico, ama para separarse del delirio amoroso y recuperar la subjetividad. Luego,

el amor, normalmente sin nada físico, sirve como vía de acceso a la invención artística. Armin Martens, Willriam Timpe, Paul, Klaus, aparecen transfigurados en narraciones y ensayos. Viceversa, el cine muestra los bellos fantasmas que el arte proporciona a la fantasía erótica, los rostros de Sabú, Robert Cummings, Henry Fonda, Gene Reynolds, que están allí, aguardando con su certeza hermética, en la sombra de la sala. El otro ejemplo es literario: Stendhal, en carta a su hermana Pauline (1814) cuenta que se ha enamorado de un oficial ruso. Quisiera ser mujer y siente dolores de parto. Desde luego, nada de esto ocurre realmente al muy normalito monsieur Beyle, pero a Thomas Mann le asombra la capacidad del novelista francés para autoexplorarse psicológicamente. Por el contrario, la lectura de los diarios de Platen, un poeta romántico homosexual (enero de 1946) le producen repeluz: prueban que el amor entre varones es ilusorio. «El sentimiento conduce toda realidad al absurdo». No obstante, cuando Thomas Mann quiere hallar una fórmula para su sentimiento amoroso, acude a los versos de Platen:

Para ti soy el cuerpo del espíritu, el espíritu del cuerpo,
la mujer del varón, el varón de la mujer.
¿A quién has de amar sino al que ya
con eternos besos expulsa a tu muerte?

Entre los setenta y los setenta y cinco años, Thomas Mann experimenta un par de enamoramientos sintomáticos, que son la melancólica despedida de este mundo erótico, poblado de inhibiciones y fantasmas. Tal vez se trata de una despedida que ajuste la edad al mundo, muy en la línea de su vida. O un accidente químico, ya que los reconstituyentes y hormonas que le aplican tras su operación de pulmón parecen reavivar su potencia sexual, cuando, por fin, creía que se había extinguido.

En julio de 1947, tiene unos *flirts* con un ascensorista de hotel, Louis Marti, y con un guardia de Saint Gallen, de apellido Delvai. La gran escena erótica consiste en ponerse un esmoquin, dar una propina y tomarse una foto junto al ser amado, que, seguramente, ni se entera de estar pasando a los diarios de Thomas Mann.

En julio de 1950 se enamora de otro empleado de hotel zuriqués, Franz Westermeier, que cuenta 19 años. La asociación del amor con el hotel acentúa la imagen de lo pasajero y ocasional. En un hotel se está poco tiempo, se parte de allí para no volver. La diferencia de edad, unida al vínculo de servicio (el empleado lo sirve) también son datos a tener en cuenta.

La historia de Franz, que da lugar a un ensayo sobre la erótica en los sonetos de Miguel Ángel, está narrada de modo conmovedor, irónico y puntual. La voz y los ojos del muchacho hechizan al viejo escritor, quien lo sigue por los corredores del hotel e intenta encontrarlo en el bosque. Admi-

ra sus movimientos, cree que el otro percibe su interés. Sabemos que el rostro de Franz es más bello de frente que de perfil, que sus cabellos son oscuros y revueltos y sus manos, finas. No obstante todos estos detalles físicos, la idea de consumar el amor horroriza a Thomas Mann. Quizás un tierno abrazo, la cercanía de las pupilas podrían bastar. El chico lo rehuye, él busca su mirada. Pedirle una ensalada durante el almuerzo o fuego para un cigarrillo lo acercan al desvanecimiento amoroso. Comenta el asunto con su mujer y su hija Erika, que abundan en bromas. Franz retorna: su nuca, el hueco de su mano con la cerilla encendida, el leve contacto al recibir la propina de cinco francos. Se despiden.

— Tal vez nos veamos todavía, señor Mann.

— Lo espero. Siempre lo veré con gusto.

Éstos son los diálogos de amor entre el anciano maestro de la prosa alemana y el joven camarero suizo. Franz le pide una carta de recomendación para un hotel de Ginebra. Consigue el trabajo y se lo agradece en otra carta, donde abundan los errores de ortografía y de sintaxis. El papel tiembla en la mano del escritor. La imagen del bello muchacho lo obsesiona y se fija en un tenista, en un chófer, un viajero, un azafato de avión. Tiene insomnio y busca la soledad del cuarto de hotel. «Olvidar, dejar las tristezas: la muerte» (11-8-1950). Entonces, se le ocurre ir hacia Miguel Ángel y Platón. El amor es la enfermedad de la imperfección corporal que lleva a la divina perfección: «...incomparable encanto que nada supera en el mundo: el cuerpo del joven varón» (6-8-1950). La pasión es más que humana y resulta bella, aunque la situación (un viejo literato siguiendo disimuladamente los pasos de un *groom*) sea ridícula. A su vez, lo inalcanzable e intocable del cuerpo amado lo vuelve divino. Aunque esté cerca, la distancia es infinita: un tabú infranqueable. Intocable como una nube, acaba por volverse ilusorio. Es el amor de Platen/Platón. El amor es irrealizable y conduce a la única realidad que ocultan las vibraciones del cuerpo: la muerte. Convertida en actitud vital, es la ética de la renuncia, de la goetheana resignación. El cuerpo es efímero, por ello es ilusorio. La forma bella es, en cambio, eterna.

Finis operae

Las prolijas noticias que los diarios contienen respecto al trabajo escritural de Thomas Mann permiten confirmar el tópico de que en la obra de un escritor está su biografía (no su vida, que siempre está en otra parte). La biografía de Thomas Mann es un texto ordenado y escandido por su obra. Biografía escandida y vida escondida, pues.